



Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION, 17.

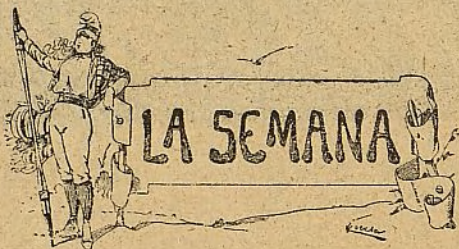
DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA.



TIPLES CÓMICAS



CONCEPCIÓN MARTINEZ.



Bismark, como el viejo mayordomo de la comedia de Santisteban, dirá á estas horas mirando el retrato del viejo emperador y viendo las juveniles fogosidades del segundo Guillermo:

—Entre éste y aquel ¡qué diferencia!

El viejo canciller, que fué para los alemanes un «canciller de hierro... dulce», muy dulce, y para los franceses un «canciller de hierro... colado» (colado en París) se retira, no sabemos si á dormir sobre sus laureles, como tantos otros, ó á llorar su favor perdido, como un Belisario de la época presente.

De todos modos, al hacer el equipaje, debe quedar satisfecho de sí propio.

Un día arregló la Europa.

Hoy arregla el mundo.

Conque ya no puede acabar de mejor manera.

Los que, desde hace veinte años, vienen oyendo el concierto europeo sin perder una nota... diplomática, no podrán olvidar el bélico terceto que cantaron en él, sable en mano y casco en la cabeza, Guillermo I, Moltke y Bismark.

Cesó aquel y ahora, como en Roma, aparece un segundo triunvirato.

Guillermo II, Von Caprivi y el Doctor Hintz-peter.

En el primero, la triple voz de los cantantes se oía distinta y clara entre el fragor del combate y el estruendo de la artillería.

Ahora no retumba el cañón, ni hay descargas de fusilería y, sin embargo, el terceto segundo no se oirá como el anterior.

Es que en aquel las primeras partes cantaban solas y ahora cantan acompañadas de un coro numeroso de obreros socialistas, cuyas voces, más destempladas cada vez, llegarán á apagar por completo el acento imperial, la voz cancelleresca y las palabras del Doctor amanuense, autor de los Rescriptos, según pública voz y fama.

La paz europea se halla pendiente de un cabello. Antes lo estaba de tres.

De aquellos tres pelos bismarquianos, que hicieron populares las caricaturas políticas del *Punch* y del *Charivari*.

De modo que el trabajo de los diplomáticos ha de dirigirse á robustecer y arraigar ese cabello

único, bien con agua de quina, bien con otro remedio parecido.

Tal es la única manera de dejar el continente como una balsa de aceite... debellotas.

Ni es esta la única novedad capilográfica de la semana.

Frascuero, después de anunciar repetidas veces su dimisión—imitando los medio-mutis que ha venido haciendo el príncipe alemán—ha resuelto cortarse la coleta decididamente, ¿o sabemos si para llevarla al retiro de Bismark, como las mujeres salvajes que se cortan la cabellera y la depositan en la tumba del esposo ó del caudillo de la tribu.

¿Quién sustituirá al «canciller de hierro» del arte taurino?

¿Podemos esperar algo de Von Valentín Martín?

Bien pudieran haberse puesto de acuerdo el Bismark del arte nacional y el Frascuelo de la política europea para verificar en una misma tarde su retirada solemne, con división de plaza y asistencia de los hulanos de allá y de los *fulanos* de aquí.

—Bien vengas mal si vienes solo, podemos exclamar viendo como la casualidad nos toma el pelo.

La coleta de Salvador va á caer presa de un tijeretazo.

Los tres pelitos del dómene, digo, los tres pelitos de Bismark se caen mustios, desmayados y endeble.

¡Buen pelo hemos echado esta semana!

—Diga usted—le pregunté á un político muy conocedor de asuntos y personajes extranjeros—¿qué opina V. de Von Caprivi?

—Me parece un canciller de ocasión.

—¡Cál hombre; si á la ocasión la pintan calva, el que resulta un canciller de ocasión, y de ocasión monda y lironda, es el príncipe de Bismark.

★ ★

Noticias como las que circularon hace unos días son capaces de dejarle á uno sia gota de sangre en el bolsillo, como dicen en mi tierra.

Dijose que iba á ocurrir una perturbación de orden público.

Por fortuna, dicha perturbación no existía más que en la mente de los propaladores y nadie hizo caso de esa perturbación *mental*.

Dijose que al fin se armaba la gorda en Portugal.

Pero la gorda continua sin armarse, por miedo á las sofocaciones.

Dijose tambien que habian llegado de Sevilla á Madrid cinco mil billetes de cien pesetas, falsos to dos ellos.

Y tambien resultó una vil calumnia contra la moneda fiduciaria.

En fin, que estamos en Marzo, pero parece que hemos entrado ya en el mes que viene.

Por los *poisons d'Avril*.

LUIS ROYO VILLANOVA.

LO QUE LE OCURRIÓ A S. JOSÉ POR HABER LEIDO EL ÚLTIMO NÚMERO DE LA SEMANA CÓMICA.

A mis compañeros de este periódico.

«Nada más que en los cuerpos legisladores, tiene el Patriarca tarea para ganarse el cielo otra vez. Quitar comodidades al banco azul, poner más alta la mesa presidencial, dar una vuelta completa a los escaños—para que los diputados miren al distrito y no al Gobierno—y conseguir en fin, que la madera del salón de sesiones no sea una madera para hacer cucharas, tenedores y otros objetos que lleven la comida a la boca... son cosas que solamente puede hacerlas un carpintero, si, además de carpintero, es santo» (LUIS ROYO Y VILLANOVA.—Número 143 de LA SEMANA CÓMICA.)

I

San José sigue en el cielo sus tranquilas y sencillas costumbres; no se ha echado guantes como Becerra—que le caen por cierto, como a un santo Cristo un par de pistolas.

San José se duerme oyendo hablar a san Agustín, no anda muy bien entre los arcángeles, personas vistosas y elegantes de la corte celestial... y puede que no le haya gustado mucho el del «Ave Maria.» Amoroso y bueno, atiende los ruegos de todos los Pepes, Joselitos, Pepitos, Josés y Josefás y Pepas del mundo, incluso la *Frescachona*, por la cual hizo más de un milagro.

Pues señor, como digo, en atender a estos sus apadrinados y a los colegas de su oficio, fumar un cigarrillo y entretenerse en su tallercito, se pasa la eternidad.

Como éstos pícaros periódicos se cuelan en todas partes, menos donde se les espera, que a mi por ejemplo, me faltan tres ó cuatro números de LA SEMANA CÓMICA y óigalo el Correo nacional, digo que llegó a sus manos el mencionado número de LA SEMANA CÓMICA, el día mismo en que felicitaban al santo todos los santos del cielo.

—Sea enhorabuena y eso que son de mala sacadera los tales españolitos, dijo un santo de extrangis.

—¡Otra! ¿Y qué mal le han hecho a Su Santidad mis compatriotas? le replicó uno de los innumerables...

—Vaya, no se enoje, señor mío, ¡pardon, pardon! replicó el santo extranjero y se escurrió haciendo cortesías.

—Mi querido santo, dijo santa Teresa, (la cual fué siempre muy devota del patriarca y a la que el santo ha hecho en el cielo un pupitre para escribir, que es lo que hay que ver) no sabe lo que yo me alegro; toda la santa colonia española del paraíso ha tenido un alegrón con el nombramiento. Nadie más digno; además, que siendo patrona la señora, parecía mal que no fuera patrón el esposo.

—Esto es, patrón consorte, replicó santo Tomás, el de *ver y creer*, que es muy astuto.

—Además, si ya de hecho lo era san José, replicó en buen español otro santo vestido con traje talar negro. ¿Quién no se llama José en España?

—Mucho; Josés le corresponden dignamente a Su Santidad, replicó lleno de modestia el santo patriarca, dirigiéndose al que había hablado, que no era

otro que san José de Calasanz, el cual bajó modestamente los ojos.

—Pero lo que me asombra es que no acierto a pensar qué querrán de mí, añadió el santo patriarca. Precisamente ha caído en mis manos este papelito, y él me informará.

—Puede que el asunto de Gibraltar... dijo santa Rita.

—Eso no les apura, y los españoles sólo cuando la ocasión les aflige se acuerdan de nosotros, replicó santa Bárbara, a la cual tenemos un poco resentida y picada.

—En fin, veamos; y como no sea cosa que le corresponda a Santiago... la haré. Yo no quiero cuestiones de etiqueta, dijo san José. Y se puso a leer LA SEMANA CÓMICA y al poco rato:

—Dios mío, exclamó, exaltándose vivamente, ¡ahí es nada lo que van a pedirme! ¡un mundo de madera!

—¿Cómo? ¡un baul mundo?... exclamó san Crispín; eso pide correas.

—No; quiero decir que todo un mundo, un nuevo mundo... ¡figuraos, santos queridos, que quieren que arregle los Bancos, que vuelva los escaños del Congreso, de modo que por ellos miren los diputados a sus distritos!... Pronto, como hay tanto alcorque en el país, tanto *poste* y tanta gente por *cepillar*, me pedirán que todo lo componga, arregle y gobierne. ¿Y qué he de hacer? Además, de que oficialmente he sido aclamado... ¡Nunca podéis calcular bien el número de festejos con que celebran mi día! Por millones de millones reproducen mi imagen en figuritas de almidón; sobre cascadas de huevos hilados y peñascales de almendras, en torrecillas, palaretes, fuentes y lindezas. Esto siempre hay que agradecerlo. Pues ¡y el estrépito que arman las murgas el día de la víspera! No puedo negar que se acuerdan de mí en España... ¡Y esto siempre le obliga a uno!

—Si; pero en todo eso puede haber un abuso. ¿Quién sabe si a Su Santidad, beatísimo patriarca, le querrán encomendar el arreglo del *Abanico*, del que se escapan todos los cacos? dijo san Dimas el buen ladrón.

—Nada, nada, sea lo que quiera, no puedo negarme. El primer acto mío será suscribirme a esta SEMANA CÓMICA de Barcelona... Son buenos chicos ese Reguera y ese Llanas, y el picaronazo de *Clarín* y el bendito de Urrechá, y todos, y en fin, este chispeante Luis Royo y Villanova...

(¡Qué honor! ¡Para Vdes! Este es un aparte.)

—¿Y luego? preguntó santa Tecla.

—Habré de prevenir a Pedro que no deje de recoger los números...

—¿Y luego? siguió diciendo santa Tecla.

—Los leeré.

—¿Y luego? tornó Santa Tecla con la misma idéa.

—¿Cómo luego? Luego los coleccionaré, mi querida santa; aquí no podemos hacer mal uso de los periódicos.

—No quiero decir eso, sino, qué es lo que el santo piensa hacer luego por España, replicó la santa.

—Pues llamaré a cualquiera, a Jerónimo, a Tomás, a Bernardo, a Juan, a cualquiera, en fin, de «nuestros escritores» y le pediré que me haga un articulo para un periódico de conocimientos útiles de los

LA CARRERA DE UNA HEMBRA, POR PONS



CONTADA POR SUS FOTOGRAFÍAS.

CANTAR, POR ESCALER



Dos besos tengo en el alma
que no se apartan de mí
¡Aaaaaaaay!...
La de no haberte creído
cuando te echaste á llorar
¡Uuuuuuy!

que se leen en «el Fomento de las Artes» ó en el Museo Biblioteca Balaguer ó en los Ateneos obre-ros, de aquí, de allá, de todas las capitales de Es-paña.

—Ya las duras encinas, los altos pinos, la ben-dición de Dios que vestía los montes con pomposos y gallardos árboles, ha desaparecido; las ciudades son tristes y pobres escondrijos de cal y de hierro; el salvaje manzano, el sicómoro, el sauce, todo es hoy madera de quemar. ¡Maldecidos sean los malos ciu-dadanos que corten ó quemen un árbol útil! La mi-na ha matado al bosque; el yunque al banco, y sin embargo, la madera es producto de la simiente, es la riqueza ahorrada que centuplica su valor.

Los santos y santas aplaudieron.

Se oyó un ladrido. Era el perro de san Roque.

—¡Chito! dijo este... No se puede ir contigo á ninguna parte.

—Si, santos míos, (añadió el democrático pa-triarca) la mina es la fuente del oro, es la mujer pecadora que embriaga con la saciedad de sus pa-siones, y luego queda sombría como un sepulcro con la podre de sus víctimas; el bosque es como la ma-dre amorosa y fecunda que nos dá hijos que luego nos amparan; la mina es el escotillón del infierno.

El árbol cobija al pájaro y muestra al sol la belleza del florecimiento. Bien sabéis que Alemania venera sus bosques. Provechosa reserva! La selva negra está aún espléndida á través de los siglos; California tie-ne exhaustas sus minas... Yo, por mi parte, nada po-dré hacer por España... hasta que me den madera.

El santo se sentó, todos los santos y santas del celestial auditorio felicitaron al orador; y hasta las once mil vírgenes que se hallaban no lejos de allí, ensayando una nueva danza de seises, con santa Cecilia, que tocaba el armonium, dejaron la danza y acudieron á saludar al patriarca. Revolaban en r-r-no nubes de querubines, risueños, lindos como los tallados por Berruguete en la magnífica estancia de la sala capitular de Toledo; pues estos no son si-nó el retrato de aquellos, cosa que solo se ve en España.

—¿Y qué haréis, entretanto que los españoles lo-gran tener madera? preguntó san Lucas á san José.

—Informarme del estado en que se halla el sub-marino Peral, acordarme del olvidado Monturiol, que fué el que trajo las gallinas, y leer LA SEMANA CÓMICA.

(Auténtico.)

JOSÉ ZAHONERO

MIEDO INFANTIL.

I.

—¿Quieres á tu novio?—Tanto, que al pensar en su traición se me hace la sangre llanto y veneno el corazón.

—Pues él se queja de tí; demuestras poco cariño...

—El alma entera le di, pero mi novio es un niño, y en naturales sonrojos y recatos del pudor ven sus engañados ojos falta de pruebas de amor.

—Busca lo que le convenza... haz todo lo que él te mande...

—¡Sies que me dá una vergüenza! ¡Una vergüenza tan grandel...

—Pero no te has de casar?...

—¿Que gusto... pero qué miedo! No me podré acostumbrar...

¡No! ¡Vaya! si es que no puedo!... Sus caricias mis delicias han de ser... ¡pués no han de ser!

¿Cómo faltar las caricias entre marido y mujer?...

¡Pues mire usted: al pensar en esta satisfacción...

¡no lo puedo remediar!... ¡se me oprime el corazón!

¡Si no es posible que él venza este temor! ¡si no puedo dejar de tener vergüenza,

ni dejar de tener miedo!—

—Niña, serás como todas...

—¿Como todas? No señor...

—¡Bah!... Después de vuestras hablaremos del rubor. [boda]

II.

—Y bien?—Pues nada... ¡que sí!

—¡Era verdad, hija mía!

—¡Que la perdí!... ¡la perdí!

—¿Cuando yo te lo decía!

—¿Pero cómo puede ser?

—Se explica bien fácilmente: ahora eres ángel—muger, antes ángel solamente.

¡Vergüenza! ¡Miedo! ¡Quimeras!

porque en las últimas galas

que vestis cuando solteras

se os quedan siempre las alas!

LUIS DE ANSORENA.

¿DRAMITAS, EH?

I.

—Mi drama ayer se estrenó. Pocos éxitos se dan como el que he obtenido yo, estimado Sebastián.

Tan excelente lo hallaron, tanto se prendaron de él, que á docenas me arrojaron las coronas de laurel.

El nudo produce tanta impresión, que nadie pudo

impedir que en la garganta la emoción le hiciera un nudo.

En la escena en que el traidor se arroja á la mar bravía, lloraba el apuntador y el barba se conmovía.

Temblaban hasta los menos sensibles violentamente y perdían los «morenos» el color completamente.

La creación de mi numen

es por todos aplaudida, me animan y me... En resumen, que he ganado la partida.

Pero... ¡no hay dicha colmada! sufro muy hondos desvelos:

¡hoy no han almorzado nada

ni mujer y mis chicuelos!

A'go á la empresa pedi

y nada me quiso dar,

y... ¿sabes?... anoche fui

al estreno sin cenar.

¡El triunfo! ¡la gloria!... ¡Escriba
que ya empiezo á aborrecer!
¡Qué hermosa fuera la gloria
si se pudiera comer!

II

Como yo á todo me humillo,
con la *claque* en comandita,
anoche en un teatrillo
estrené una piececita.

Una estupidez de bullo,
no lo pretendo negar,
lo más sandío y menos culto
que te puedes figurar.

Es ello una aberración,
escrita de cua quier modo,

de esas en las cuales son
las «buenas formas» el todo.

Una de esas tonterías
que se escriben á millones,
donde se oyen groserías
y se vea decoraciones;
en la cual he, sin desdoro,
la costumbre respetado
de quitar tela al decoro
y emplearla en decorado.

¿Argumento? No se ve
nunca en estas piececillas;
en la mía no hay más que
bermellón y pantorritas;
un éxito inusitado
la piececita ha obtenido;

la empresa me la ha comprado
y... ¿sabes?... ¡hoy he comido!

¡Es necesario vivir!
Aunque por ello me afrentes,
desde hoy no pienso escribir
más que piezas indecentes.

¿Qué me dices? ¿Que me aparte
de esa asquerosa gangrena
y que me dedique al arte
verdadero de la escena?

En vano al orden me llamas;
no haré dramas Sebastian.
¡Si el arte me pide dramas,
mis hijos me piden pan!

FERNANDO SEGURA.

VISTAS DE MADRID.



LAS VENTAS DEL ESPIRITU SANTO.



El sitio no puede ser más repulsi-
vo; diríase que la naturaleza, hor-
rorizada de lo yermo del lugar,
ha huido de todos aquellos con-
tornos, dejando allí únicamente
media docena de árboles raquíti-
cos, que no pudieron en su de-
bilidad seguir la fuga, quedándo-
se sobre la loma, donde perman-
cen sombríos y ariscos, como los
condenados á vivir siempre en las
estepas siberianas. El arroyo Abroñigal, sucio, flaco,
con un hilo de agua apenas transparente, deslizán-
dose por un lecho esponjoso, cruza el terreno, pa-
sando por debajo de un puente, y se pierde en la
inmensa extensión de repechos que forman el paisa-
je; allá, abajo, á la orilla del arroyo, se prolonga
una barriada de casucas pobres, tristes, oscuras,
en su mayoría merenderos, que ostentan sus porches
de estera delante de la entrada; á la derecha, con-
trastando con un severo edificio de ladrillo rojo, en
el que se alberga una escuela, se alza un tropel de
fonduchos de madera, pintados de azul ó encarnado,
con los precios de los artículos escritos á brocha,
con grandes letras, en las fachadas de tablas y sus
jardincillos miserables atestados de mesas de pino cu-
biertas con manteles; á la salida del puente, se le-
vantán á uno y otro lado dos sarts de ventorros y
más allá se parte el camino, siguiendo á la izquierda
la carretera de Aragón y marchándose por la dere-
cha la de Vicalvaro.

He aquí el lugar de esparcimiento de nuestra cla-
se artesana madrileña. Los domingos se desparra-
ma por todo aquel término una gran muchedumbre bu-
llanguera y alegre de menestrales, de zapateros, de
ribeteadoras, de criadas, de horteras, de gente de
tufos y pавero, de mantón de ocho puntas, de cha-
quetón, que cae como hambrienta bandada de cuer-
vos en los merenderos, en los ventorros, en las fon-

das. A las cuatro de la tarde, no se puede dar un
paso por allí; por todas partes se divisan parejas
bailando, persiguiéndose, retozando; de todos los
chiscones salen ecos de guitarra y acordes de piano
de manubrio y poco antes de oscurecer, las lomas
de las ventas se hallan trocadas en una habanera
inmensa que se siente *bullir* dentro de una nube
enorme de polvo. Pagando un dineral por lo que
comen; sin agua con que refrescar la garganta;
amortiguando la sed en fuerza de vino; sudando en
aquella atmósfera seca y enrarecida; sin poderse mo-
ver casi en lo angosto del lugar, sin descubrir por
ningún lado la mancha verde de vegetación que ale-
gra todas las giras compestres, hacinados, en mon-
tón, poco menos que codéandose, oliéndose, por la
proximidad, careciendo de la independencia agrada-
ble, del aislamiento que es la salsa de las meriendas,
se pasan cuatro ó seis horas esos millares de seres,
entregados á su bacanal extraña y disfrutando con
una perversión de gusto rufianesca, de un sitio en-
teramente falto de la nobleza encantadora con-
que atrae la naturaleza exuberante.

Mientras por el camino, cortando la multitud, á
escape, con sus carrozas polvosísimas, desvencijadas
y horribles y sus cocheros mugrientos y huraños de
aspecto de buho, sin carruajes detrás, sin nadie
que acompañe, solos, desamparados, sombríos, lú-
gubres, pasan y pasan entierros y más entierros que
siguen silenciosos en derechura al cementerio del
Este, las gentes se apartan... y punto concluido; nadie
hace caso de los fúnebres convoyes y los muertos se
deslizan tristemente entre las turbas, *escuchando* por
único oficio de difuntos aquel coro atronador de
cantares, risas y voces. A lo mejor estalla la lucha,
el vino enciende la riña, sacan los hombres las na-
vajás, las mujeres huyen gritando, se forma corro
alrededor de los combatientes, llegan los guardias
civiles, se llevan un herido en la camilla y torna
después á reanudarse la bulla, como si nada hubiera
acontecido; aquella desgracia fué la piedra arrojada
al estanque, que horadó el agua, se hundió y volvió
á laminarse la superficie.

En tanto, las frondosas alamedas de junto al río,
las amplias praderas del Manzanares, bordadas de
vegetación, los alrededores pintorescos y amenos
de Madrid, allí donde la naturaleza brinda con su

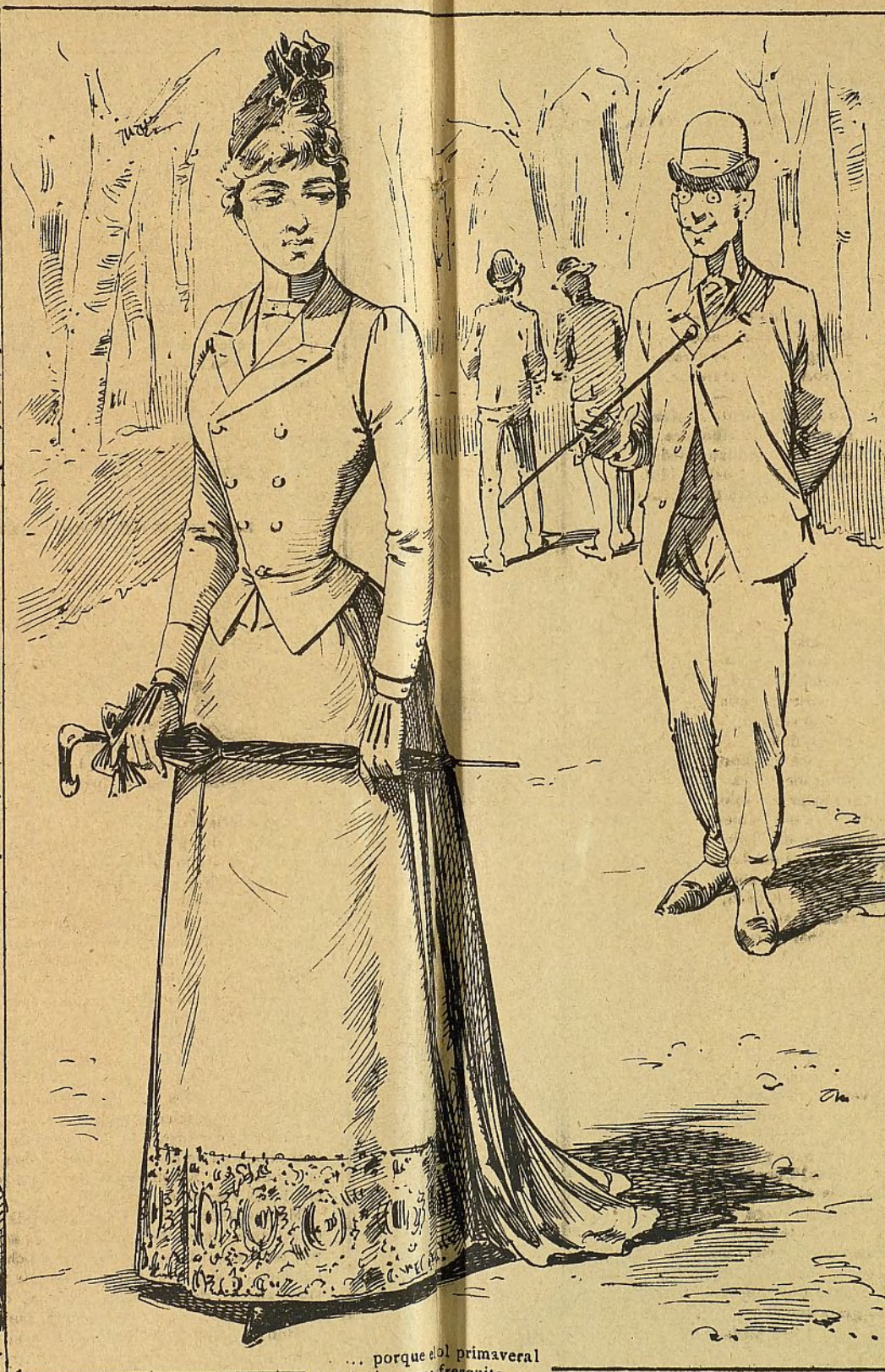


¿No comieron lo demás?
Pues si lo demás comieron
¿qué privilegios tuvieron
que yo no gocé jamás?



—Yo ya he participado á los del comité que
estoy dispuesto á levantarme pronto.

—Pues creo que no es á los del comité á quien
debías decírselo, sino á tu señora, para que te
despierte temprano.



... porque del primaveral
y el aire, sano fresquito,
despiertan el titito
de un modo temoral.



A brillo... á brillo, humillo, sencillo, pillo, pane-
cillo; Justo... panecillo. Este es el que me conviene.



A gozar de la brisa perfumada
con la mujer, la niña y la cuñada.

hermosura al deleite; permanecen desiertos y abandonados. Las Ventas, las famosas Ventas, negación de toda belleza, se llevan el triunfo, de ellas es la

victoria. — ¡Oh noble pueblo bajo del dos de Mayo, cómo se han encanallado tus gustos!...

ALFONSO PEREZ NIEVA.

NATURALISMO

CUENTO

Molidos de la jornada
y con hambre, aunque risueños,
dos estudiantes rondeños
llegaron á una posada.
Comenzaba á anochecer,
y entrambos, sin vacilar,
acercáronse al hogar
decididos á comer.
Ligera cual una ardilla,
rubia moza les previno

con un buen jarro de vino,
salchichón, pan y tortilla,
que devoraron los dos
sin tener que repetir,
yéndose luego á dormir
en paz y en gracia de Dios.
A la mañana siguiente,
rayando apenas el día,
del ventero en compañía
tomaron el aguardiente

y á seguida de pagar,
sus caballos dispusieron,
y alegres como vinieron
se volvieron á marchar.

No será el cuento profundo,
ni por él pido mercedes,
pero ¿no lo hallan ustedes
lo más natural del mundo?

MANUEL DEL PALACIO.

IN VITAM ETERNAM.

¿El infierno? ¡Qué horror! Metal hirviendo
en calderas enormes derretido,
donde se hacina la *perdutta gente*
lanzando su frenético alarido.

Alcázares de pórvido severo,
de arquitectura lúgubre y extraña;
agudos garfios de implacable acero
que despedazán la desnuda entraña.

Negra noche sin luz y sin aurora;
de sangre roja los candentes ríos,
en que calman su sed abrasadora
monstruos de fuego alados y sombríos.

Abismos de reborde impenetrable
que sofocan del réprobo los gritos,
en cuyo fondo el alma miserable
apura sus tormentos infinitos.

Aire que asfixia; ruido que ensordece;
polvo que abrasa; ambiente que envenena;
atmósfera fatal en que parece
multiplicarse la profunda pena.

Vida sin fin; dolor sin esperanza;
eternidad de duelo y de agonía,
en que la vista á vislumbrar nos alcanza
ni el más leve destello de alegría.

Taller obscuro en que se forja el trueno;
en que se fragua el huracán bravo;
mundo, sin Dios, en cuyo abrupto seno
ejerce Satanás su poderío.

Allí se queman, en la ardiente hoguera,
los que, cegados por la ciencia humana,
dejaron que el espíritu rompiera
los valladares de la fe cristiana.

E iluminan los encuclos del Dante
con su eterno y vivaz chisporroteo,
de Lord Byron el estro fulgurante
y el genio colosal de Galileo.

De negro plomo hirvientes cataratas

allí castigan el orgullo insano
del que envió sus legiones insensatas
contra el sacro poder del Vaticano.

Y, timbres de las glorias imperiales,
conservan, en el lóbrego recinto,
Bonaparte sus águilas caudales,
sus águilas germanas Carlos quinto.

Allí, dó sufren penas increíbles,
los que vivieron para amar tan sólo,
sienten hambre de besos imposibles,
los labios de Francesca y de Paolo.

Y en las negras espumas del Leteo,
purgando están su apasionada cuita,
las sombras de Julieta y de Romeo,
los espectros de Fausto y Margarita.

Mudos soportan eternal martirio
que sus instintos liberales doma,
aquellos que, en satánico delirio,
osaron rebelarse contra Roma.

Y entre despojos, podredumbre y peste,
Luzbel contempla, cejijunto y fiero,
de Garibaldi la sangrienta veste,
y las ropas tálares de Lutero.

Brava gente, ¿verdad? Pues aún es nada;
que allí está la falange femenina,
á la *ciudad doliente* condenada:
Dido, Aspasia, Ninón, Safo y Corina.

¡Espléndido concurso! Cuando llega,
con sus días brumosos, el invierno,
y Satán á sus próceres congrega
en torno á las estufas del infierno,
más de un emperador del viejo mundo,
para ilustrar su corte, envidiaría
al monarca del Báratro profundo
tan grata compañía.

LUIS MUÑOZ RIVERA.

Puerto-Rico.

LA LAMPARA DE LA FE.

Cuento.

Era la época en que todavía se alzaban en España los conventos como grandes sepulcros de la vida y la inteligencia nacional, levantados en un gran desierto. Aunque ya el estado llano había conquistado su libertad a costa de su sangre, aún no se conocían la terrible anarquía ni los horrores demagógicos; aún el cardenal era una potencia en el Estado, y el sacerdote un poder incontrastable en la familia. Los santos asilos de la vida monástica, los nidos en que iban a guarecerse las almas naturalmente místicas, las inteligencias ofuscadas y los corazones heridos en las luchas del mundo, eran más que nunca respetados por ciertas clases sociales, al paso que otras los miraban de reojo y como desconfiando de que aquellos que pasaban su vida en el ocio pudieran entretenerse en nada bueno.

Rara vez los frailes fijaban su residencia en parajes mal sanos, en sitios insalubres, ó donde la Naturaleza no hubiera desplegado la hermosa pompa de sus galas. De las poblaciones, la mejor parte era de las comunidades religiosas; de los campos, lo más fértil les pertenecía ó era lugar de su residencia: los reverendos padres no podían amar á Dios ni meditar sobre la vida eterna, sino allí donde pudieran adorarle mejor alimentados, ó donde más cómodamente reflexionaran sobre lo futuro. Y ciertamente que a gran progreso había en esto con relación á aquellos que se retiraban á una cueva ó se iban á poblar con su solo individuo algún desierto, entreteniéndose en macerarse las carnes ó darse con un canto en los pechos, amén de aquellos á quienes el hambre hacía ver visiones que luego pasaban por milagros.

En aquellos refugios de arrepentimiento ó la desesperación, depósitos de gentes desgraciadas ó dóciles, desorrollábanse á veces dramas tanto más horribles, cuanto que sus únicos actores eran una mujer y un corazón, ó una conciencia y un hombre. Pero á pesar de las tristezas inmensas que los sagrados muros ocultan, á pesar de lo espantoso que es el monólogo que en la soledad mantiene el dolor consigo mismo, ¡de que poético y misterioso encanto está rodeada la vida del claustro en la imaginación de la mujer y en la fantasía del poeta! Y sin embargo, ¡qué oscura es la noche en un convento, qué monótono el día, qué callado el silencio, qué pesado el ambiente que se respira sin libertad, qué espesos los hierros de esas rejas que jamás se abren y que solo se cierran una vez como el sepulcro!

De uno de aquellos conventos se ven todavía las soberbias ruinas en el camino que conduce de *** á ***, ruinas que fueron en otra época teatro de uno de aquellos dramas íntimos. Los que hoy parecen montones de escombros hacinados por la saña del tiempo y la mano del hombre, fueron en otro tiempo fortísimos muros y altas tapias; en ancho espacio, cercado todavía, donde hoy crecen, sin temor á la hoz, el jaramago y las hortigas, fué entonces huerto de sabrosas hortalizas y ricos árboles fruta-

les; donde hoy reina el silencio menos perturbado allá por los años 17... se oía á la caída de la tarde la vibrante voz de la campana que, con su sonido metálico, llamaba á la comunidad al templo.

Por aquel tiempo, y cuando más floreciente era el estado de la santa casa; cuando, regida por severo y bondadoso abad, su organización era mas fuerte, que también los que hacen voto de mansedumbre han menester energía en su gobierno; cuando la piedad era más austera, oyóse un día un aldabonazo en la puerta principal del edificio y luego el ruido que esta producía al encajarse en su juicio nuevamente. Un hombre había entrado, un joven que, después de breve conversación con el abad y tras corto espacio de días, profesó con toda la solemnidad de una pompa fúnebre. El entierro de una inteligencia se hizo con el mismo aparato con que se da sepultura á un cuerpo.

Aquel hombre era joven; no tenía aún treinta años: nadie más que el abad supo la causa que le había impulsado á cometer su suicidio moral. No fué una desgracia de amor que deshojara en florsus esperanzas, ni el hastío de una vida que estaba en su comienzo todavía, ni tampoco ese misticismo que pudre antes de su sazón los frutos de tantas inteligencias. Era un segundón de casa grande; su hermano primogénito había de recibir entera la hacienda de los padres, porque el nombre de la familia quedaba deshonrado si el caudal se disminuía en una fanega de tierra ó se mermaban algunas piedras colocadas, según el detestable gusto de la época, en forma de caserón con nombre de palacio. Don Juan de Peñarredonda no tenía afición á la carrera de las armas, de lo contrario hubiera podido hacer fortuna, ni quería vivir á costa de su hermano, que le hubiese dado algunos ducados cada mes; ni podía trabajar, porque entonces sobre el duplicado blasón de la noble casa caería una mancha peor que de tinta, como de un sudor negro y corrosivo que carcomiera aquellos perros y Calderos y animales raros que daban tanto honor á la familia.

Decidido D. Juan á hacerse fraile, llevó á cabo su proyecto; y el abad, hombre de claro ingenio, á quien no se ocultaba lo ruda que para el segundón era la transición de cortesano á fraile, trató de hacerla menos penosa; eximióle de asistir al coro, dióle permiso para que vagara libre por el jardín y la huerta, concediéndole cuanta libertad era compatible con la severidad de la disciplina á que voluntariamente se había sometido.

—«Hermano,—le dijo,—tu entendimiento y tu piedad te harán muy pronto conocer que si alguna dicha existe en la tierra es la que se saca de pensar en el cielo, y que si algún placer hay para el hombre, sólo en la contemplación de Dios lo encuentra. Mas no podrás acostumbrarte de repente á la privación de los deleites pasajeros que el mundo ofrece, y sólo lentamente los irás olvidando para entregarte todo entero á la contemplación de lo infinito. Se, pues, libre dentro de esta casa; ven á la iglesia y te diré cual es la única tarea que te impongo.»

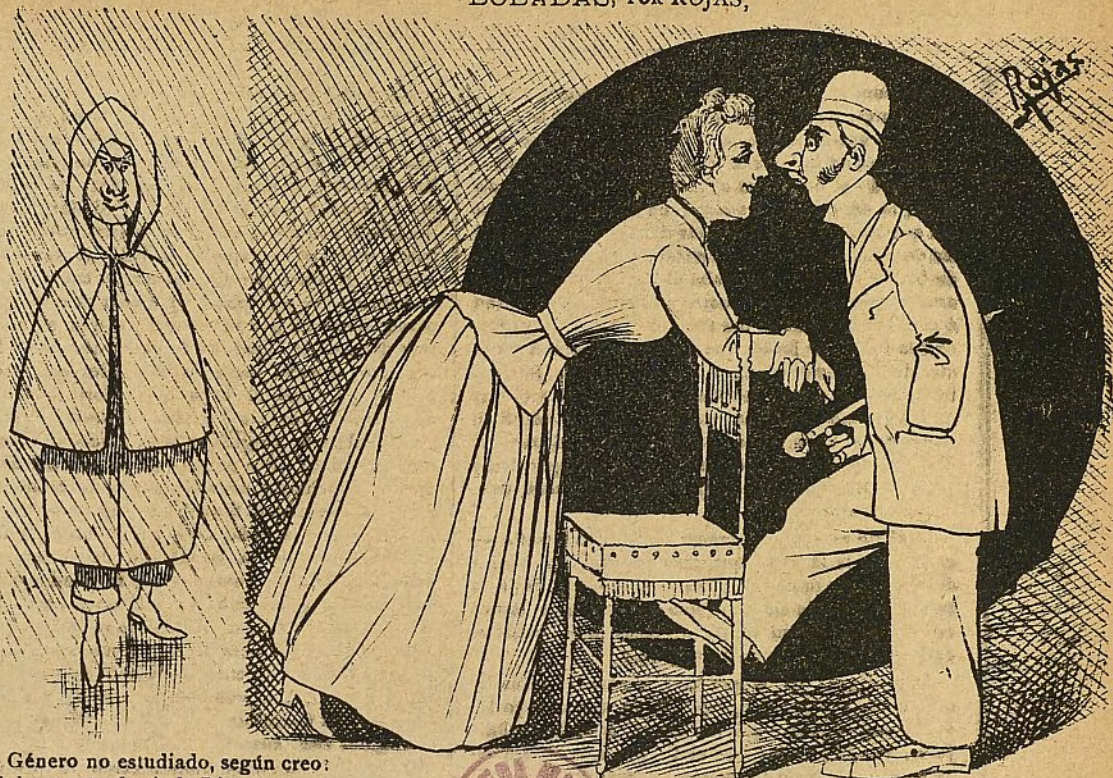
Llegaron á la nave del templo, ya invadida por las primeras sombras de la noche, y á un extremo se

COSAS DEL TIEMPO, POR ESCALER



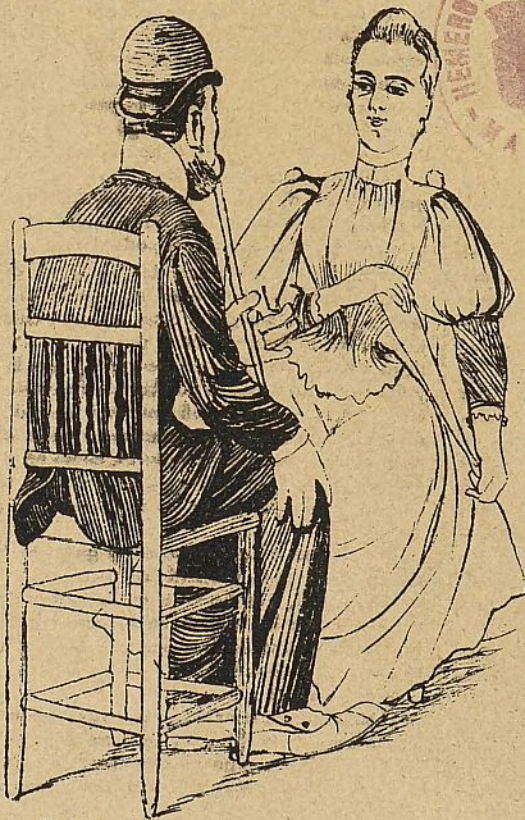
Con este tiempo lluvioso
es lógico lo acaecido:
los hongos han obtenido
un crecimiento espantoso.

BOBADAS, POR ROJAS,

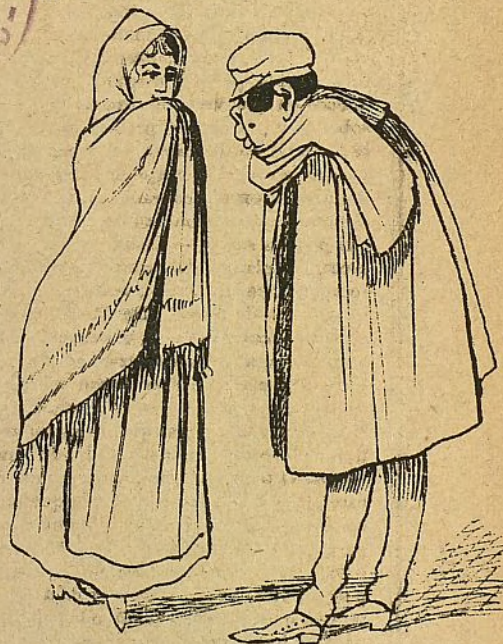


Género no estudiado, según creo:
el *homo capuchonis* de Linneo...

— Dame un beso. — Tal deslíz...
— ¡Te lo pido de amor lleno!
¡Anda, sí, dámelo! — Bueno
¡pero aparta la nariz!



— ¿Y Vd. es viuda?
— No señor; no he sido nunca casada.
— Ah, pues entonces... entonces, se me antoja,
no se por qué, que ha de ser Vd. soltera.



— Pues figúrate tu que me negé las cuatro pesetas,
— Calla mujer, que hay hombres que no tienen ni diz-
nidaz mismamente.
— Pero suerte que te he encontrado á tí, que me las
darás y...
— ¡Ah! *tíes* tu lo que es la suerte de la persona! Yo
diznidaz si tengo. Lo que no tengo son las 4 pesetas.

detuvieron, primero el abad y luego el nuevo fraile, ante el altar de una capilla, cuya oscuridad bastaba á disipar apenas el resplandor de una lámpara que suspendían de la bóveda tres cadenas de bronce. Sumergido el pábilo en el aceite, y casi hundido en él, la débil llama esparcía en su derredor una luz que hacia las sombras más densas y arrancaba á las doradas molduras del retablo, algunos destellos de brillar incierto. Ocupaba el centro del altar un crucifijo de talla, en el rostro de cuyo Cristo venían á caer los rayos de la luz iluminando con tal vaguedad la frente de Jesús, que podía dudarse si aquella claridad indecisa era la proyección de la llama ó la mirada del mártir moribundo. Se oía fuera el piar de las golondrinas que volaban sesgadamente en torno de la torre; casi no se percibía dentro el chisporroteo de los cirios; todo era tranquilidad y silencio. Más que templo, parecía aquello una conciencia honrada.

—«Este es,—dijo entonces el abad al fraile.—el altar de la fé y ese que apenas ven tus ojos y debe adivinar tu corazón, es el Cristo de la fé; á tu cuidado queda su culto; que no se apague nunca esa luz; alimenta su fuego, no dejes que jamás se extinga; esa es la tarea de tu vida.»

Desde aquel día, la que hasta entonces había lucido como por milagro, esparció en torno suyo los vivos resplandores de la fe misma que animaba á Juan. Veíasele al declinar el día preparar la lámpara para que luciese de noche, y cuando, al encenderse el viento en los arreboles del día, penetraba su claridad por las ojivas rasgadas en el muro, veíasele atizar la llama y mantenerla viva para que ardiera hasta el ocaso, casi más que con el cuidado de sus manos, con la fervorosa plegaria de su espíritu.

Pasó tiempo sin que menguara la piadosa devoción de Juan, que reconcentró en el altar sagrado toda su vida; pero la soledad y el ocio, el aislamiento en que vivía, el exceso de imaginación, y sobre todo, la natural predisposición del hombre, le hicieron un día parar su atención, primero en cuanto le rodeaba, luego en sí mismo, pasando así de la inacción al pensamiento, tan fácilmente como al ponerse el sol cambian de matices las nubes hericas por sus rayos.—«¿Cómo puede, se dijo, viendo crecer las plantas del huerto, germinar la semilla, romper la tierra el tallo, vestirse de hojas y coronarse al fin de flores? ¿De dónde mana el perfume de sus cálices y cómo en el silencio de la noche cierran sus pétalos para abrirlos al alba, sedientos de luz y de rocío? ¿Y cómo nacen en mi corazón los sentimientos, y cómo en mi cerebro las ideas, y qué es ese algo misterioso que, como su aroma aquellas flores, llevo encerrado no sé dónde y me hace distinguir el bien y el mal, y da á mis pensamientos forma? ¿Qué voz secreta es esta que me hace pensar en Dios? ¿Qué es esto que se llama conciencia, juez para quien no hay posible engaño, mentira que parezca cierta, ni crimen que no parezca grande? Y el pobre fraile dió en pensar y dejó de sentir, dudó porque quería saber, dudó por razonamiento después de haber creído por instinto; quiso saber por qué creía, y se hizo, de místico, filósofo, dando en la duda, tan fatal y necesariamente como da en la realidad total el que vive de ilusiones. Quiso retro-

ceder, pero fué en vano; que como las olas de los mares son las dudas del hombre: unas son causa de otras y ninguna es la última. Cuanto antes había sido para él venero de alegrías, fué entonces causa de tristezas y en nada podía ya fijar los ojos que no le hiciera pensar primero y dudar después. ¿Dónde ir á el alma, se decía, cuando rota la cárcel que la encierra se apaga la vida al soplo de la muerte? ¿Podrá vagar mi espíritu sin cuerpo en que se encarne y le obedezca? ¿Qué vida es esta que me parece inmortal por su esencia y es por su naturaleza deleznable? ¿Qué he de encontrar más allá del sepulcro si nada recuerdo antes del regazo de mi madre? ¿Y cómo el Dios que adoro puede ser á un tiempo mismo justo y misericordioso, si la justicia es inflexible y rígida, y la misericordia toda perdón y caridad? ¿Por qué el infame es feliz? Si Dios existe, la dicha del malvado ¿no es un crimen?

Y así, mientras él buscaba en los abismos de su alma, el sér y la nada, Dios y el hombre, la fé y la duda hicieron de la conciencia del pobre fraile campo de batalla, mientras él, sufriendo y ya sin más razón que la que había menester para creerse loco, gritaba desde el fondo de su alma: Piedad, Señor, dadme siquiera un punto de esperanza, que él se dilatará en mi corazón como un rayo de luz en el espacio. Y á pesar de su lucha, rezaba y la lámpara del Cristo de la fe seguía ardiendo.

Alguna vez, cuando Juan se arrodillaba al pie del Crucifijo, la llama empobrecida le pedía con interrumpidos desellos una gota de aceite con que saciar la sed que la iba consumiendo poco á poco, y el fraile entonces renovaba la savia de su vida y seguía quizá al mismo tiempo pensando en sus irresolubles dudas. La campana le llamaba al rezo, la oración tardaba en brotar en su pecho y sus labios la modulaban torpemente: llegó un día en que la piadosa práctica fué para él una costumbre, y llegó á orar maquinalmente sin darse tal vez cuenta de que oraba ni de que la luz espirante parecía pedirle chisporroteando al tocar en el fondo de la vasija, más jugo que absorber para poder lucir.

La lucha era creciente: las antiguas creencias fueron perdiendo terreno en aquella alma, y una tarde, cuando la esquila convocó á la comunidad al *ángelus*, ni Juan acudió al templo ni la oración llegó a sus labios. De pie, erguido, alta la frente y fija en el horizonte la pupila, que devoraba el espacio, como su mente lo infinito, veía tranquilo hundirse el sol en el ocaso y desaparecer en el cielo las nubecillas de ingravidos vapores, como en su pecho sus creencias. La noche cayó á un tiempo sobre su espíritu y sus ojos, y el alba no amaneció para su alma.

Al otro día vió ante el altar apagada la lámpara del Cristo de la fe, y cuando se preparaba á encenderla, el abad, que desde la entrada de Juan en el convento le había espiado en silencio y había visto librarse la batalla perdida por la fe de aquel hombre, le contuvo diciéndole:

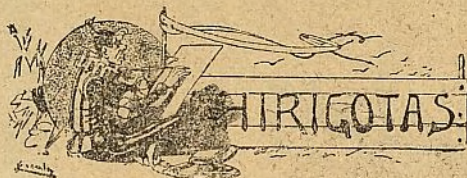
—«Es inútil.»

Hízole entonces atravesar por vez postrera la solitaria nave de la iglesia y los claustros sombríos; llevóle hasta el campo que circundaba el monasterio, y cuando al trasponer un cerro había tras su cum-

bre desaparecido la cruz del campanario de la iglesia, solos ya y sin más testigos que la naturaleza, y mientras á lo lejos se escuchaba el cadencioso cántico de los frailes que por lo ignorantes eran aún felices.

—Adios,—le dijo,—nada puedes ya esperar en la casa de Dios; vé y trabaja.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.



La fotografía de la cual *extrajimos* el retrato de don José Bosch, que publicamos la semana pasada, nos fué galantemente ofrecida por el acreditado fotógrafo señor Matorrodona.

Y el retrato de la aplaudida tiple D.^a Concepción Martínez, que honra la primera página del presente número, ha sido *extraído* de una fotografía, cedida, también galantemente, por Esplugas.

Conste así, como muestra de agradecimiento á dichos señores.

En acciones de una mina
tiene Lina seis millones
y hoy afirma Coromina
que si se casó con Lina
fué por sus buenas acciones.

F. MENDEZ.

El *Noticiero Universal* del martes insertó un telegrama, dando cuenta de la velada celebrada en Tortosa en obsequio del marqués de Cerralbo.

Y verán Vdes. lo que en la velada les ocurrió:

«El señor Oller fué interrumpido varias veces con nutridos aplausos y calurosos vivas.

El barón de Albi recita una poesía dedicada al «Dos de Mayo». (*Vivas.*)

El señor Valles da á conocer otra poesía de bienvenida al marqués de Cerralbo. (*Aplausos y vivas.*)

D. Sebastián Sanz recitó otra poesía titulada «Al liberalismo». (*Tempestad de aplausos.*)

D. Rafael de Salvador leyó otra poesía dedicada al marqués por un leal tortosino. (*Vivas y aclamaciones.*)

El señor Montoliu pronunció un entusiasta discurso, diciendo al marqués que cuando visite las demás provincias de España, manifieste que Cataluña se mantiene firme y leal á don Carlos, y que los carlistas catalanes sabrán morir antes de ser traidores. (*Aplausos y vivas.*)

El Sr. Llauder dice que el recibimiento que se le ha hecho al marqués á su llegada á Tortosa es indescriptible. Que las manifestaciones catalanas demuestran que el carlismo avanza grandemente, y

termina dirigiendo un saludo á don Carlos. (*Vivas y aplausos.*)

El señor Montoliu recita una poesía de don Leandro Herrero, dedicada á doña Margarita de Borbón. (*Aplausos y vivas.*)

Se levanta el marqués de Cerralbo. (*Grandes vivas, aplausos y mucho entusiasmo.*)

Telón rápido.



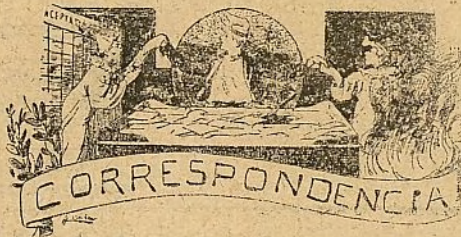
El día de S. José fué obsequiado nuestro director con una comida en el *Restaurant Grana Continental*.

A los postres se acordó por aclamación que se tributara un *bombo* en LA SEMANA al dueño del restaurant, señor Soler, por el esmero y paternal solicitud con que sirvió la comida.

Y como verdaderamente es digno de ello, se lo tributamos.

Y cumplido este deber de gratitud estomal, pasemos á otro asunto.

A contestar las cartas.



J. L. de U.—Madrid.—He leído el artículo, lo he vuelto á leer... y no lo entiendo. Será torpeza mía, pero no lo entiendo.

J. N. M.—Barcelona.—Primero porque ya no era de oportunidad y después porque, al fin y al cabo, era un ataque á un colaborador, no pudo salir. Y conste que pesó más la primera razón que la segunda.

L. G. R.—Madrid.—No hay de qué. Fué justicia.

A. C.—Madrid.—Recibida la firma. Se publicará.

F. M.—Madrid.—Saldrá uno. Gracias por la felicitación... y mandar.

Un melón.—No es que los versos sean publicables; eso no. Pero ¡ya queríamos que todos los que aquí se reciben fuesen así!

Figarito.—¿Que especifique los defectos? Pues allá va. En primer lugar, los versos:

«Y tan bella... —Más por Dios, amigo;
¿Irás V al Real esta noche?— Acaso

y
de la caridad aunque sea poco

no son versos endecasílabos. ¡Digo, me parece! En segundo lugar, el lenguaje en toda la composición es muy prosaico. Y en tercer lugar. ... Que no es publicable, vamos.

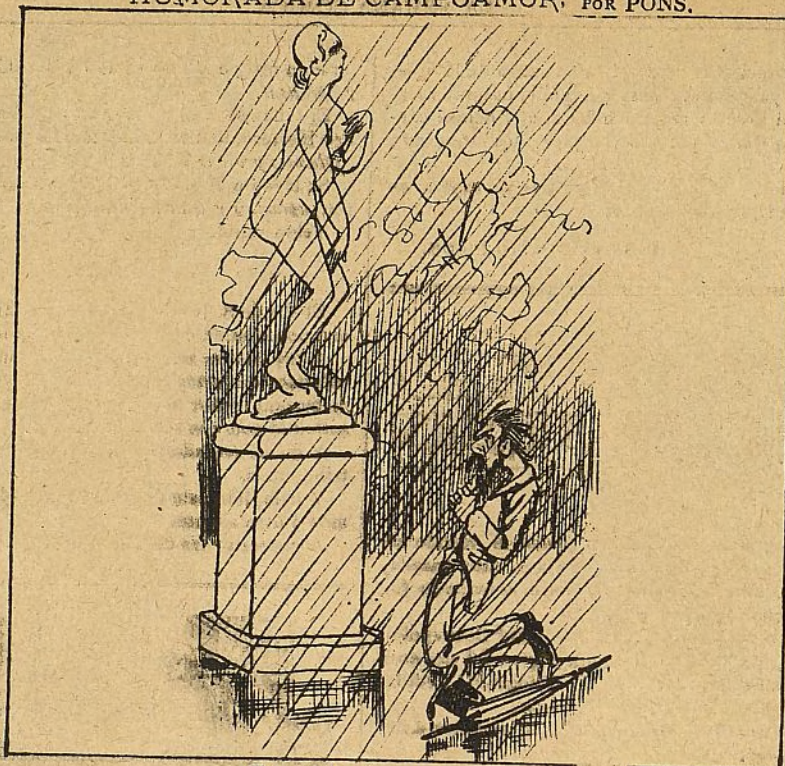
Saleroso.—¡Ole ya, por la gente de salero,
que se deja la gracia en el tintero!

F. P. P.—Barcelona.—En el fondo no deja Vd. de tener razón. Pero Vd. convendrá conmigo, en que, aun sin los defectos que en la crítica se citaban, la composición era verdaderamente mala. Y como, además, creo que no pretenderá Vd. que en un periódico de la índole de LA SEMANA se publiquen tratados completos de didáctica...

Sres. L. de V., *Dos tranquilos* y M. de los G. y T. (Barcelona).—*Sal si puedes*.—E. G. C. (Valencia).—*M Camisola*.—X. Y.—*Au revoir y Frutos de Allá*.—No son publicables. Y perdonen Vdes. que no les diga por qué.

Im. de Calzada é Hijo Arco del Teatro 9, pasaje. Barcelona.

HUMORADA DE CAMPOAMOR, POR PONS.



«Teme á las ilusiones
que es peor la ilusión que las pasiones.»

ANUNCIOS

LA SEMANA CÓMICA

PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO.

Colaboran en él los mejores literatos y los más
celebrados dibujantes

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

| | | |
|--------------------|------------|------------|
| Barcelona. | Trimestre. | 1'50 ptas. |
| Fuera.. . . . | » | 2'50 » |

Números corrientes, céntimos 15

Id. atrasados, » 30

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscriptores de fuera de Barcelona pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Vertrallans, 3, 1.º—Barcelona.

DESPACHO: TODOS LOS DIAS LABORABLES
DE 4 Á 6 TARDE

UNICO ENCARGADO

DE LA VENTA Y EXPEDICION DE

LA SEMANA CÓMICA

EN MADRID

D. JULIAN RODRIGUEZ

Kiosco de la Universidad.—Plaza de Santo Domingo

TRES NOCHES

POEMA EN TRES CANTOS

POR

D. RICARDO J. CATARINEU

PRECIO 2 PESETAS

Se expende en las principales librerías

NICOLAS MIRALLES

LITÓGRAFO

UNION, 17.—BARCELONA

IMPRENTA MILITAR Y COMERCIAL
DE

CALZADA É HIJO

Arco del Teatro, 9, pasaje

BARCELONA